

Apuntes de la Escuela de comunidad con Julián Carrón en videoconexión desde Milán, 17 de junio de 2020

Textos de referencia: J. Carrón, Introducción. ¿Qué nos arranca de la nada? y L. Giussani – S. Alberto – J. Prades, Crear huellas en la historia del mundo, Encuentro, Madrid 2019, capítulos 1. «El acontecimiento cristiano como encuentro» y 2. «La permanencia del acontecimiento en la historia» (pp. 19-124).

- *Marta, Marta*

Gloria

Buenas noches a todos. Hoy vemos la *Introducción* del nuevo texto que estoy preparando y que ya hemos empezado a trabajar. El texto tiene que ver con todo lo que estamos viviendo (es precioso ver cómo nos desafía constantemente) y con la provocación de *Crear huellas en la historia del mundo*. Empezamos.

Después de pasar por una experiencia difícil, he entendido que el hecho de vivir plena y serenamente la vida no puede depender de las circunstancias. Es posible que no sean favorables, ¿y entonces qué hago? Todo lo que puedo por cambiarlas, “porque así estaré mejor”. Mientras tanto vivo como en apnea, voy tirando. Pero las cosas podrían no resolverse. Y aunque se resolvieran, me temo que eso no me bastaría. ¿Quién ha dicho que las cosas tengan que ir como en una comedia americana? ¿Pueden salir como una tragedia griega! ¿Y entonces? ¿Estamos condenados a vivir con melancolía? ¿No lo creo! Por eso, preso de la realidad que estoy viviendo, deseo aceptar la invitación del movimiento a «vivir intensamente lo real» como «itinerario que conduce hacia el significado de la realidad». ¡¡¡La realidad!!! No el sueño, ni la ilusión de lo que vendrá, ni el lamento de lo que fue. En este punto, quisiera entender qué significa concretamente este «vivir intensamente lo real» en mi vida cotidiana. No quiero que se convierta en un eslogan vacío. Evidentemente, no se trata de hacer que la realidad te guste. Si es hostil, es hostil, y punto. Algunos amigos me sugieren ver el lado positivo, ¿pero qué hay de positivo en una situación que se complica cada día más? Ese no es el camino. La realidad podría no tener ni siquiera una pizca de positividad, entendida como “amabilidad” de las circunstancias. Tampoco se trata de añadir más devoción, que a veces es como intentar poner un parche. ¿Qué significa entonces «vivir intensamente lo real»? ¿Cuál es el camino? ¿En qué debo fijarme?

Con esta pregunta empezamos el recorrido de esta noche porque las circunstancias nos desafían a todos y no nos basta, no nos contentamos con vivirlas de cualquier manera. Las queremos vivir lo mejor posible, no repitiendo un eslogan, aunque sea verdadero, como «vivir intensamente lo real» o siguiendo el consejo de mirar el lado positivo, cuando en tantas ocasiones parece que no hay ni una pizca de positividad. En vez de responderte teóricamente, con una explicación, esta noche haremos juntos un itinerario para descubrir, haciendo el camino a través de las intervenciones, añadiendo una pieza tras otra, qué significa, en los hechos, «vivir intensamente lo real» (L. Giussani, *El sentido religioso*, Encuentro, Madrid 2008, p. 156).

«Hay Alguien que abraza nuestro grito». Veo el riesgo de reducir este abrazo a algo sentimental, con la consecuencia de que si no lo “siento”, entonces me “siento” abandonada y la oscuridad avanza. Recientemente, en una circunstancia concreta, he descubierto mi inmadurez. A los cincuenta años largos, estar todavía así resulta humillante. La multitud que habita dentro de mí quería hacerme callar: «Déjalo estar, sigue adelante, tu consistencia no está ahí». Sí, hasta con las palabras más importantes y verdaderas la multitud que habita dentro y fuera de mí me grita que me calle, como si le molestase mi límite, o bien lo abraza de manera sentimental, que no sirve para nada. Yo necesito entregar mi pobreza, mezquindad y repugnancia en manos de alguien con

nombre y apellidos, alguien que perciba mi deseo de no quedarme atascada en mi límite. Es decir, que mire (y me ayude a mirar) mi límite como ocasión para caminar. Creo que el abrazo de mi grito consiste en guiarme paso a paso hacia el cumplimiento, partiendo del punto en el que estoy, a través de todas las circunstancias y de mis reacciones. Me gustaría que profundizaras en la cuestión del abrazo al grito. Gracias por tu amistad.

¿Veis? Nosotros escuchamos esta frase —«hay Alguien que abraza nuestro grito»— y puede parecernos sentimental, reduciéndola al impacto sentimental que provoca. Pero obviamente esto no se adecua a nuestra urgencia, a nuestro grito. Entonces uno se pregunta cómo no reducir el abrazo a algo sentimental. De otro modo —como tú dices— quedamos a merced de la multitud que habita dentro y fuera de nosotros, como si uno viviera abofeteado por las cosas que le rodean. Tú quieres entregar toda tu pobreza en manos de alguien. ¿Por qué? Porque necesitas a alguien que te conduzca paso a paso hacia tu cumplimiento. Nuestro amigo de antes quería entender qué significa «vivir intensamente lo real», y tú ahora señalas que el mayor abrazo que necesitas es el de alguien que te muestre una manera de vivir las circunstancias como ocasión de construcción de ti misma. De hecho, se trata de percibir un abrazo sin tener que salir de las circunstancias en que uno se encuentra. Y así, con este deseo tuyo, empiezas a hacer un camino que te lleva a reconocer a Alguien que te abraza, no de manera sentimental, sino real, superando la reducción de la que hablabas.

En este periodo, como muchos, me he visto obligado a parar. Siendo jubilado, debería estar acostumbrado, ¡pero no! El stop forzoso me ha hecho reconocer que antes no veía nada. Después de cincuenta años en el movimiento, descubro ahora que he vivido todo como si nada, aprendiendo de memoria los discursos y disfrutando de la compañía para mi uso y consumo. Porque ante la prueba de qué es lo que determina mi jornada, ahora que ya no gozo de reconocimientos, debo admitir que los intentos de consolación como performance son desesperados y me dejan siempre hambriento y vacío. Pero me pregunto: «¿De qué es ausencia esta ausencia?», como nos recordabas citando a Mario Luzi. No puedo engañarme, me doy cuenta de que mi actitud consiste en huir de la realidad soñando o haciendo hipótesis, viviendo hoy pero pensando siempre en después, y por tanto nunca viviendo el instante. La nada impera, tal cual. De hecho, ya me despierto por la mañana con la rabia de una expectativa que no se cumple. ¿Es esto el nihilismo? ¿Por eso mi pregunta de ver y gustar la presencia de Cristo se queda siempre sin respuesta? Me doy cuenta de que nada me conviene más que Él, pero mientras lo pienso ya me estoy yendo tras mi proyecto. Esta especie de patología me abrumba y te pregunto: ¿cómo puede mi corazón estar aquí, no allí, sino aquí, donde el Señor me ha puesto? ¿Cómo hacer experiencia de Él? ¿Diciendo sí a qué? ¿A las tareas diarias tan aparentemente insulsas o, por el contrario, a mis expectativas? ¿Esto es decir sí?

Gracias, amigo, porque la verdad de lo que dices es algo que podemos reconocer muchas veces cada uno de nosotros. Podemos llevar años en el movimiento, aprendiendo los discursos de memoria y disfrutando de la compañía, pero ante la prueba de qué es lo que determina nuestra jornada aparece lo que tú dices. Por eso no podemos dar por descontado que tú, como la amiga que te ha precedido, desees hacer un camino. No es obvio que no nos contentemos con repetir ciertas palabras o con ciertos intentos de consolación que nos dejan aún más vacíos y hambrientos, pero deseamos algo que responda realmente a toda la urgencia de nuestro corazón. El hecho de no podernos engañar dice mucho de hasta qué punto es real esta urgencia. Tú te das cuenta de que tu actitud consiste en huir de la realidad soñando y vivir pensando siempre en el después. Es una incapacidad de vivir lo real que muchas veces percibimos en nosotros mismos, estando siempre “fuera”, soñando siempre con otra cosa. Nos lo recuerda un personaje de Graham Greene: «Para mí el presente nunca es ahora» (G. Greene, *El fin de la aventura*, Edhasa, Barcelona 1985). La realidad se reduce a algo que ya ha sucedido o que todavía debe suceder, pero nunca está —como tú dices— «aquí». Esta situación es la que tratamos de describir con la palabra «nihilismo»; si no os gusta, podéis usar otra pero la realidad no cambia: rebotando de aquí para allá sin saber cómo salir de ahí. Tampoco basta con

pensar en la palabra «Jesús». Con qué lucidez impresionante has dicho: «Me doy cuenta de que nada me conviene más que Él, pero mientras lo pienso ya me estoy yendo tras mi proyecto», como si no hubiera un solo instante en el que ese hombre nos invada totalmente. Entonces surge la pregunta: «¿Cómo hacer experiencia de Él? ¿Diciendo sí a qué?». Lo descubriremos paso a paso.

Te agradezco la compañía que nos estás haciendo este tiempo, con todos los instrumentos que nos ofreces para conocernos a nosotros mismos y no dejarnos llevar. Me surge una pregunta sobre el deseo. «Cuanto más avanza el nihilismo, más evidente resulta la imposibilidad de vivir sin un sentido, más se abre paso el deseo indestructible de ser queridos, de ser amados». Dices en la Introducción que lo que vence el nihilismo es este deseo que no se apaga. Si me miro a mí misma, me doy cuenta de que este deseo de totalidad se manifiesta en mí en la vida cotidiana en muchos pequeños deseos que van ligados a las circunstancias que vivo: la necesidad de ser uno mismo en el trabajo, que cierta persona te mire, que el estudio pueda tener sentido, que una relación complicada se salve. Pero suele ser más fácil dejar que prevalezcan las propias objeciones, las excusas para no secundar esos pequeños y a veces molestos deseos. Es más fácil dejarse llevar por las circunstancias de la jornada sin incomodarnos. Veo que escuchar y seguir los propios deseos supone un riesgo, una implicación, una fatiga respecto a las propias heridas y a lo que urge. Pero a menudo me da miedo. O sencillamente no tengo ganas. Por eso te pregunto qué permite no tener miedo al propio deseo. ¿Porque sé que cuando arriesgo y secundo lo que sucede soy más feliz!

Tú añades una pieza a lo que estamos diciendo porque empiezas a darte cuenta de que, a pesar de que te pasen las cosas que cuentas, hay algo que resiste: el deseo no se apaga. También intuyes que esto es muy significativo para ti. Por un lado, ves aflorar todo tu deseo pero, si prestas atención, poco a poco aflora la estructura del yo. ¿Qué nos permite entonces no tener miedo al deseo?

Tengo que contarte algo que he descubierto en este tiempo y que me tiene entusiasmada. Al leer el tercer punto de la Introducción, después del inicio sobre el nihilismo, esperaba que el rescate viniera por la irrupción de algo como un acontecimiento, un encuentro. Por eso me descolocó mucho tu afirmación: «¿Qué es lo primero que tiene que hacer quien no quiera vivir huyendo de un problema que no sabe resolver? Reconocer, justamente en este contexto de vacío de sentido, que hay algo irreductible que resiste al nihilismo. [...] ¿Qué es lo que resiste? Mi yo, que es irreductible», como documenta Michel Houellebecq. Me llamaba la atención que dijeras que esto es lo primero, porque yo no lo habría dicho, no sentiría esto como lo primero que hay que hacer. Por eso, leerlo fue realmente una sorpresa, tal como indica el título del punto —«La sorpresa»—. Lo interesante es que ha habido un episodio que me ha hecho comprender el alcance de esta cuestión. Al día siguiente de leer este punto, el domingo, fui de picnic con unos amigos. Hacía mucho que no nos veíamos y teníamos ganas de vernos. En un momento dado, uno de nosotros dice: «¡Oh, no, mañana tengo que volver a la oficina!». Esta afirmación, que he oído miles de veces y que yo misma he dicho muchísimas veces, de repente me llamó la atención. Pensé: nosotros decimos algo así y no nos damos cuenta del alcance que tiene, lo reducimos a una queja, a un desahogo normal y evidente para todos, propio del domingo por la noche. En cambio, si nos fijamos de verdad, esa frase expresa un corazón que no se contenta, expresa la irreductibilidad del yo que ante la hipótesis de una fatiga, de un malestar en el trabajo, no lo quiere, porque nuestro yo está hecho para ir a trabajar feliz, con gusto. Pero como ciertas cosas nos parecen imposibles, nos rendimos a que lo sean, y entonces no nos damos cuenta del grito de nuestro corazón. Como dices en el texto de la Introducción, «la razón de este desánimo, de esta duda, es que damos por descontada la existencia del grito del corazón, de ese deseo que resiste a cualquier nihilismo». Tenemos una idea de la irreductibilidad del yo como si tuviéramos que ser casi superhéroes, pero la irreductibilidad del yo está justamente en esta herida, en ese grito. ¿Por qué es tan importante darse cuenta? Porque, si lo hiciéramos, sería justo ese el punto, el inicio del rescate, ¿porque no puedes contentarte con ir al trabajo sin desear ser feliz! Si no diéramos por descontada esa afirmación, entonces sí que empezaríamos a gritar, sin contentarnos, buscando la respuesta que busca el

corazón, y que precisamente por eso no puede no existir. Muchas veces culpamos a Dios (o al destino) de una ausencia de respuesta dentro de las circunstancias, pero el problema es que ni siquiera nos ponemos en marcha para buscarla. Por eso, darse cuenta de la permanencia del deseo es lo primero que hay que hacer. Nunca había entendido así tu insistencia sobre el deseo que persiste cuando citabas a Houellebecq, y ahora me doy cuenta de que, sin pasar por esta experiencia, el cuarto punto de la *Introducción* –«Un “Tú” que acoge el grito»– sería como un pegote añadido y sería imposible captar su valor. Podemos aprenderlo de memoria y repetirlo perfectamente, pero si no te das cuenta de que tu corazón desea lo imposible, como dice el Calígula de Camus, y de que tú no eres capaz de alcanzar lo imposible, nunca te darás cuenta de que puedes gritar, nunca te darás cuenta de que nos hemos encontrado con Alguien que ha hecho posible lo imposible y que te dice: «¿Qué quieres que haga por ti?». Gracias por todo, de verdad, y sobre todo por permitirnos hacer estos descubrimientos.

¿Veis? Lo primero que te sorprende es que tú habrías respondido de otra manera, dando por descontado ese punto, ese rescate que ya está en el centro del yo, que es irreductible. Esta es la ayuda que nos prestamos en la Escuela de comunidad: comparando contantemente la manera en que nos movemos normalmente con afirmaciones como «vivir intensamente lo real» o «un “tú” que acoge el grito». No es que no hablemos todos de las mismas cosas ni repitamos las mismas frases, pero es como si las sintiéramos como un pegote yuxtapuesto a la vida, no nos damos cuenta del alcance de una afirmación como esa sobre la irreductibilidad del yo, que nos puede parecer la «conclusión» lógica de un discurso y no algo real que responde a la pregunta sobre la naturaleza de nuestro yo. Menos mal que la irreductibilidad –perdonad el juego de palabras– es irreductible y que no podemos fingir que no existe, pues no nos permite engañarnos. Si nos permitiera engañarnos, entonces sí que acabaríamos realmente en la nada. Precisamente el hecho de que nuestro yo sea tan irreductible nos hace darnos cuenta constantemente de que hay algo en nosotros que resiste a cualquier nihilismo.

Pero en lo que has dicho hay otro dato que debemos reconocer. Sin darte cuenta, tú has pasado por encima de esta irreductibilidad. Dices que si no comprendes que tu corazón desea lo imposible y que no eres capaz de obtener lo imposible no te das cuenta de que puedes gritar, y añades que te has encontrado con Alguien. Introduces la cuestión del encuentro, pasando de la irreductibilidad al encuentro pero te saltas un punto de la *Introducción* que impide que el encuentro sea percibido como una palabra añadida, como un pegote. Este es el motivo por el que a tanta gente le ha resultado tan complicado este punto del recorrido. Es justamente de esta irreductibilidad de donde nace el grito, pero esto, dice Giussani, para muchos resulta incomprensible.

Una persona que no podía conectarse con nosotros esta noche ha escrito: «Te pido que me expliques mejor el tercer punto de la *Introducción*, especialmente esta afirmación de Giussani: “La afirmación de que existe la respuesta” está “implicada en el hecho mismo de la pregunta”. Tú dices: “Por misteriosa que sea, la respuesta existe. Está implicada en la pregunta. [...] Si existe el grito, existe la respuesta”. Me cuesta entender esta frase precisamente como categoría de la razón. ¿Por qué la respuesta está implicada en la pregunta? ¿La pregunta no podría existir sin respuesta?». Como no logramos resolver la cuestión, acabamos pensando en el Tú como un pegote y en el abrazo del Tú como algo sentimental (vale igual para el encuentro o para la compañía). Por eso no nos podemos saltar este paso. Continúa la carta: «Además, si, como escribes, la respuesta última está más allá de las modalidades existenciales experimentables, ¿significa que debo buscarla en algo sobrenatural, que no es del mundo experimentable y por tanto tangible [es decir, algo fuera de esta irreductibilidad]? También te lo pregunto porque, con la dificultad de encontrar una respuesta satisfactoria a mi deseo de felicidad, creo que he eliminado la pregunta». La amiga de antes había añadido otra pregunta a la intervención que había preparado y que leo yo ahora: «“La exigencia de significado es afirmación implícita de una totalidad”. Muchas veces experimento la existencia de la necesidad como algo irreductible, pero que esto pueda garantizar la existencia de la respuesta me parece una contradicción». Y como pensamos que es una contradicción, ¿al final qué pasa? Que el Tú se percibe como un pegote añadido a la vida, que el abrazo del Tú se percibe como algo

sentimental, que no comprendemos qué significa «vivir intensamente lo real», y entonces buscamos en otra parte nuestro cumplimiento, y un instante después sucumbimos a nuestros proyectos.

Plantear la cuestión de la relación pregunta-respuesta me ha hecho entender mucho mejor la importancia de lo que verdaderamente está en juego al insistir, en este momento histórico, en la cuestión del deseo y la pregunta. En el sentido de que la pregunta muestra la estructura humana y lleva consigo, como implícita, la demostración de la existencia de la respuesta. De hecho, la naturaleza ilimitada de la pregunta en un ser limitado es la indicación de una infinitud puesta en él por otro, por algo distinto, por la respuesta. Este es el origen de la estructura o naturaleza infinita de la razón. En este sentido, comprendo la razón de detenerse en algunas frases de Houellebecq, no tanto porque revelen una religiosidad genérica sino porque demuestran la estructura de la razón propia del hombre. De ahí que remitan a la respuesta, porque no se puede dejar de preguntar por el origen de la pregunta misma, es decir, el porqué del input que la pone en marcha. Es necesaria una continua toma de conciencia de quién es el hombre, de su grandeza y predilección en lo creado («¿Qué es el hombre para mirar por él», y mirar por él ahora?). El hecho de que Houellebecq llegue a plantear una cierta pregunta, a expresar tal exigencia, para mí es signo, también en él, de una gracia en acto, a la que en cierto sentido responde a su vez mediante su pregunta, que lo hace plenamente humano. Me doy cuenta de que debemos aprender a entender de verdad las cuestiones que tratamos, al menos como tensión (claro que esto es un don, pero nos pide usar la atención y la razón), para que nuestras respuestas no se queden a un lado, inconexas.

Lo que más damos por descontado es lo más evidente de todo, como han documentado todos los que han intervenido hasta ahora. No habríais podido decir lo que habéis dicho (percibir la insuficiencia de las *performances*, notar una posible reducción sentimental, darse cuenta de que no basta cualquier respuesta) si no existiera en vosotros esta irreductibilidad, esta urgencia que os hace gritar. Esta urgencia tan increíble, tan única, que tantas veces nos deja pasmados por su enormidad (como decía Leopardi, «todo es poco y pequeño para la capacidad del propio ánimo»; *Pensamientos, LXVIII*), es el signo más claro de la grandeza del hombre. Hay que darse cuenta, no se puede dar por descontado, porque es el dato absolutamente más elemental, no se puede hablar de nada sin que esté implicado: esta irreductibilidad, este grito, es la documentación, la “demostración” de otro. ¿Por qué? Porque esta estructura última no nos la podemos dar nosotros, que somos todos limitados. ¿Cómo es posible que en la estructura de nuestro yo haya algo tan único, siendo todos limitados y por tanto incapaces de dárnoslo nosotros mismos? Quien lograra encontrar algo a la altura de la irreductibilidad humana no habría descubierto la vacuna para el Covid-19, ¡sino la respuesta al problema de la vida! Pero esto para nosotros pasa desapercibido. Todos hemos estudiado –como decían nuestros amigos, ¡años y años de movimiento!– *El sentido religioso*, cada uno puede contar cuántas veces lo ha leído, pero es como si este punto no llegara a calar, a hacerse experiencia en nosotros. Por eso, cuando Giussani dice una frase como esta, que la existencia de la respuesta está implicada en la pregunta, nosotros nos desplazamos a nuestros pensamientos. Por eso me sorprende, por un lado, nuestra dificultad para entender, pero por otra, en positivo, lo que sucede cuando la gente descubre el alcance de esta afirmación en la propia vida, como decían antes nuestras amigas. Me interesa que aparezca el nivel existencial de la cuestión. Lo que dice Giussani no es una reflexión abstracta.

En la última diaconía nos provocaste con esta pregunta: «¿Qué quiere decir que la certeza de la respuesta está implicada en el grito de la pregunta?». Me impactó mucho la tenacidad con que nos animabas a no saltarnos los nexos, a no dar por descontado nuestras respuestas, aunque fueran correctas. La noche siguiente quedé con dos amigos. Puse sobre la mesa tu provocación e inmediatamente surgió una conversación muy viva, que puso de manifiesto lo poco acostumbrados que estamos –empezando por mí, lo admito– a usar la razón. Por ejemplo, uno decía: «¡Imposible! No puedo decir que la respuesta está en el grito, tiene que haber un encuentro para que la respuesta entre».

¿Veis el salto, el desplazamiento constante? De esta manera, la frase de Giussani es imposible de entender.

Esa noche releí gran parte de El sentido religioso. Leía esas páginas como si fuera la primera vez en mi vida que lo hacía. Todo me sorprendía y me hablaba más, me interrogaba. La irreductibilidad del yo, la experiencia de nuestro límite y la necesidad de afirmar “otra cosa” asomaba como raíz de todo.

¡Raíz! Esta es la cuestión. «Esta es la raíz de todo». Giussani capta un punto crucial, y si nos separamos de esto acabamos en la nada. Si nos saltamos un dato tan consonante con nuestra naturaleza –la irreductibilidad del yo–, reducimos la experiencia cristiana o el Tú del que estamos hablando.

Pero tenía la necesidad de que se hiciera mío en la experiencia.

Esta es la cuestión, es decir, que esa frase llegue a ser mía en la experiencia. Por eso tenían razón los que han intervenido esta noche diciendo que hace falta alguien que me ayude para que las cosas se hagan mías paso a paso, que me ayude a entender en la experiencia cotidiana qué quiere decir «vivir intensamente lo real». Esta es la única manera de que llegue a ser mío, no basta repetir frases vacías sin experiencia, como se decía antes.

Al día siguiente seguía inquieto y le conté a mi mujer lo que me había pasado. Le pregunté: «¿Tú qué dices, la respuesta está ya dentro del grito?». Ella me dijo: «Claro, eso ya lo decía hasta mi colega de matemáticas, un ateo que es un genio: “Tengo grabado en la memoria el momento de mi vida en que, como no encontraba un axioma matemático que respondiera a las preguntas que tenía, tuve que dejar de planteármelas porque si no habría tenido que afirmar la existencia de otra cosa”». Me quedé de piedra.

¿Entendéis? Esta persona tiene que bloquear sus preguntas porque si no se vería obligada a «afirmar la existencia de otra cosa». Ese profesor de matemáticas había captado el alcance de lo que dice Giussani. Hasta tal punto la respuesta está implicada en la pregunta que, para negarlo, habría que girar la cabeza hacia otro lado. Pero si usa la razón correctamente, no puede dejar de percibir que la pregunta implica «la existencia de otra cosa», es decir, de la respuesta.

Estoy empezando a entender por qué dices que te exaltas ante las preguntas. Tienes razón. Por eso te doy las gracias.

Este es el primer fruto de una educación que nace del carisma, una educación que puede generar un sujeto unido. La existencia de la respuesta está implicada en el grito. Que entre en la historia, eso es otra cosa. No debemos confundir una cosa con la otra. Me escribe un amigo que ha captado el alcance de este punto de la *Introducción* desde el punto de vista existencial: «Que la “existencia de la respuesta” esté “implicada en el hecho mismo de la pregunta” es una de las frases de don Giussani que siempre me han sorprendido y fascinado, pero a decir verdad nunca he estado totalmente convencido [este no estar totalmente convencido es precisamente lo que nos causa problemas, lo que hace que todo acabe en la nada], ni racional ni, sobre todo, experiencialmente. Una pequeña grieta se abrió hace unas semanas al releer una intervención tuya donde explicabas (resumo con mis palabras) que si nosotros solo tenemos la experiencia de lo efímero y particular, ¿cómo podemos tener una exigencia de eternidad y totalidad? [¡Por fin uno que se hace esta pregunta, uno que no da por descontado esta irreductibilidad, esta exigencia de totalidad!] Nos la debe haber puesto Alguien eterno y total. Pero entonces –pensé– mi deseo no es solo un vacío o una ausencia, mi deseo es el signo de la presencia en mí de este Otro, es una chispa de su fuego que –en la relación con cada pieza de la realidad, también suya por entero– me atrae hacia sí. Desde entonces me descubro con el deseo de conocer y estar con este Otro, con este Tú [una vez que lo ha descubierto como real, porque está implicado en su pregunta, no puede más que desear conocer y estar con este Tú], presente y ausente a la vez, ¿pero acaso no es esto el amor? [Cuando uno está enamorado y vibra en él la nostalgia de la persona amada, ¿esta no está al mismo tiempo presente y ausente? ¿Quién podría negar que la nostalgia, como digo siempre, es signo de otro?] “Por la mañana, Dios mío, hazme conocer tu amor”, decía la antifona de los laudes del jueves [se ve que ha sucedido algo porque hasta la manera de rezar empieza a ser distinta]. Era la explicación de lo que

me acababa de suceder. Como casi siempre en mi ya larga vida, ese jueves me había despertado con malestar, con miedo a empezar la jornada [¡cuántas veces el miedo se insinúa ya nada más despertar!], con la voluntad nihilista de volverme a ir a dormir. Pero esa mañana, por primera vez, me sorprendí diciendo que no todo es una negatividad que superar sino que es ÉL, mi Amor, que me llama». Este amigo no ha llegado hasta aquí en virtud de un razonamiento sino porque ha empezado a darse cuenta de que ese deseo –igual que todas las demás cuestiones que han surgido esta noche: «irreductibilidad», «pregunta», «vivir intensamente lo real»– no es solo una palabra sino que se ha hecho experiencia, y entonces ese Tú ya no es algo sentimental ni un pegote. Cuando una persona se da cuenta de que todo esto empieza a pasar de verdad, «por primera vez» en su vida, es signo de un cambio crucial. Por eso, amigo, me interesa tanto esta cuestión, de otro modo sería imposible reconocer que en nosotros hay un ancla, casi a pesar de nosotros mismos, a pesar de todo nuestro malestar, de todos nuestros vaivenes y nuestros altibajos sentimentales. Hay algo más profundo, más estructural en nosotros que grita a “Otro”. Ese grito es el signo de la presencia en mí de ese Otro, una chispa de ÉL que me atrae hacia sí: «¿Pero no te faltó yo?». Dios no nos manda un ángel para que nos lo pregunte, ¡lo grita desde nuestras entrañas! Por eso me ha sorprendido una frase de Karen Blixen que lo expresa sintéticamente: «Hasta hoy [...] nadie ha visto a las aves migratorias dirigirse hacia esferas más cálidas que no existen, o a los ríos desviarse atravesando rocas y llanuras para correr a un océano que no pueden encontrar. Porque Dios no crea un deseo o una esperanza sin tener dispuesta una realidad que lo cumpla. Nuestro deseo es nuestra certeza y bienaventurados sean los nostálgicos porque volverán a casa» (cfr. K. Blixen, *Capricci del destino*, Feltrinelli, Milán 2003, pp. 50-51). Esto es lo que vibra en nosotros.

Cuando una persona recorre así el camino de la vida, ¿qué sucede?

Esta Introducción me está impactando mucho, como si describiera mi vida desde lo más hondo. Siempre he percibido con demasiada agudeza la herida de una ausencia acuciante en la experiencia de las cosas de todos los días, tanto que nunca soy capaz de disfrutar plenamente y en ciertos momentos esta insatisfacción me ha bloqueado totalmente, como si me paralizara de manera patológica, como confirmándome que me equivoco por tener estas preguntas.

¿Entendéis la cuestión? ¿Encima pensamos que nos equivocamos por percibir esta ausencia tan «acuciante» que llevamos dentro!

¿Cómo puedo mirar esta necesidad de plenitud sin caer en la decepcionante conclusión de no encontrar nada que esté a su altura? ¿Cómo ver como un recurso este deseo incómodo, sin que se convierta en una tristeza que me cierra, sino que me abra a la relación con ÉL? A veces parece que, al no hallar una satisfacción plena, tenemos que posponer esa pregunta para una plenitud futura más allá de la vida. El hecho de que la realidad nunca satisfaga agudiza la pregunta, parece llevar a concluir que nada basta, y entonces nada vale, perdiendo así hasta las cosas que tengo entre manos. Quiero poder disfrutar de toda la belleza de lo real ya ahora, no después. A mis amigos y mi marido, que son signo de su Presencia, los miro a veces como con una pretensión por mi parte de que puedan cumplir mi enorme necesidad de ser amada, totalmente, aquí y ahora, mientras que su frágil humanidad solo es signo del gran amor al que aspiro. Pero necesito concreción, si no me parece que tengo que imaginar la presencia de Jesús, que me responde en abstracto.

«Imaginar la presencia de Jesús, que me responde en abstracto». ¿Entendéis? No es que no se haya encontrado con Jesús, pero lo percibe abstracto.

Yo veo que para ti es real, mientras que para mí corre el riesgo de ser una abstracción. Pero la experiencia de estos meses de confinamiento ha hecho evidente que, dentro de la dramaticidad de la situación mundial, yo no estaba abandonada. Las cosas estaban y podían no estar, todo adquiriría valor; mi marido, con el que últimamente daba muchas cosas por descontado, ha sido la compañía profunda del Misterio que estaba a mi lado; nuestro cuarto hijo, que ha nacido en plena pandemia, ha sido un signo claro de su Gracia gratuita en nuestra vida; he cumplido cuarenta años, sin fiestas ni amigos, pero cada felicitación recibida adquiriría un peso nuevo que nunca había tenido. El trabajo de mi marido se ha parado pero se nos ha hecho evidente que tenerlo era una gracia.

*¿Cómo mantener esta mirada de gracia cuando la tensión de la emergencia ya empieza a decaer?
¿Cómo puede ser un punto de no retorno este tiempo, cómo puede marcar un nuevo inicio?
Gracias.*

Gracias a ti, porque has conectado toda tu «ausencia acuciante» (tan aguda que uno piensa que está equivocado) con la urgencia de vivir ahora sin aplazar el cumplimiento para el más allá. Porque esto no se corresponde con la experiencia que tenemos, puesto que estamos hechos, como tú dices, para disfrutar ahora, ahora. Tienes razón: ¡ahora, no solo en el más allá, sino ya! Si en cierto modo no disfrutamos de la respuesta ahora, ¿quién nos garantiza que pueda suceder después? «Quiero poder disfrutar de toda la belleza de lo real ya ahora, no después», decías, porque no quieres posponer la pregunta solo para cuando llegue una plenitud futura. ¿Y cuál es la señal de que estamos posponiendo para el futuro la respuesta a nuestra pregunta, por ejemplo en nuestra relación con la gente? El signo más evidente –como has identificado agudamente– es la pretensión. Si no vives en el presente algo que te satisfaga realmente y que te cumpla, entonces tienes una pretensión con tus amigos, con tu marido, con todo. Es inevitable, nos pasa a todos, no es solo un problema tuyo. Si no se resuelve la cuestión, será inevitable tener constantemente una pretensión, causando más desastres de los que queremos resolver, en nosotros y en los demás, porque el otro no solo no nos puede responder sino que además advierte también toda la pretensión que tenemos sobre él. En cambio, ¿qué has descubierto en esta pandemia, durante el confinamiento? Que se puede vivir de otra manera. Cuando uno empieza a darse cuenta de que el otro es la modalidad a través de la cual el Misterio se hace presente –como se hace presente en el grito, como se hace presente en el deseo, como se hace presente en el hijo recién nacido–, toda la realidad se vuelve distinta, hasta tal punto que te preguntas: «¿Cómo mantener esta mirada de gracia cuando la tensión de la emergencia ya empieza a decaer? ¿Cómo puede ser un punto de no retorno este tiempo, cómo puede marcar un nuevo inicio?». Son muchos los que se hacen esta pregunta. Esta mirada nueva que has percibido solo puede llegar a ser un cambio estable, hasta hacerse familiar, si entramos en ella mediante una educación.

La pregunta de la primera intervención de esta noche encuentra ahora la respuesta completa. «Vivir intensamente lo real» quiere decir no quedarse en la apariencia, vivir la relación con el marido o con el hijo sin quedarse en la apariencia sino llegando hasta el Misterio al que remite, del que es signo el grito, la irreductibilidad, el niño recién nacido, todo. Entonces dejamos de tratar con pretensión al marido porque él no puede colmar la vorágine que solo Otro, Alguien más grande que nosotros, puede colmar. La irreductibilidad que nos constituye y nuestra exigencia de totalidad no se contentan más que con una respuesta completa. De otro modo, si no lo percibimos como la demostración evidente de la existencia del Tú, «vivir intensamente lo real» –¡cuántas veces lo habremos repetido!– seguirá siendo una afirmación abstracta y hablaremos del Tú de manera “devota” y yuxtapuesta a la vida. ¡Cuántas veces estos años cada uno de nosotros habrá dicho «yo soy tú-que-me-haces» o «para decir “yo” tengo que implicar a otro»! ¿Pero por qué el hecho de que yo exista debe implicar a un Tú que me hace? ¿Por qué la irreductibilidad es signo de Otro? ¿Por qué el hijo es signo de Otro? ¿Por qué el marido es signo de Otro? ¡Porque nadie se hace a sí mismo! Así que puedes estar tranquila, amiga que interviniste al principio, Su abrazo no es sentimental, porque no te lo puedes inventar tú, ni puedes reducirlo a sentimentalismo. Tú eres abrazada por el hecho de existir. Por eso he ido a buscar –para terminar– una expresión de *Los orígenes de la pretensión cristiana* que tantas veces nos ha sonado extraña. Dice don Giussani: «La compañía está en el yo». Esta Presencia es la única capaz de eliminar la soledad, porque la irreductibilidad del grito solo encuentra una respuesta adecuada en el descubrimiento del Ser como amor que continuamente se dona a sí mismo dándome el ser a mí. Atención a lo que dice Giussani: «Toda amistad humana es reflejo de la estructura original del ser, y si lo niega peligra su verdad» (*Los orígenes de la pretensión cristiana*, Encuentro, Madrid 2011, p. 112). Giussani concluye este párrafo diciendo que cuando uno toma conciencia de esto, entonces reza de verdad. Muchas veces pensamos en la oración como alternativa a la razón, y viceversa. En cambio, Giussani en el capítulo décimo de *El sentido religioso* hace todo el recorrido desde el estupor por la existencia de las cosas

y el yo hasta el Tú —esto es lo que significa «vivir intensamente lo real»—, y solo al final habla de la oración. La oración no es la negación de la razón, sino el reconocimiento último de la realidad por parte de una razón que, habiendo descubierto el Tú, puede dirigirse a Él no como algo pensado por uno mismo, algo inventado, algo de lo que autoconvencerse o algo sentimental. No existiría este Tú si no existiera yo, que con mi propia vida documento que no me estoy haciendo ahora. «Yo soy tú-que-me-haces».

«Por eso, la cima más alta de la oración no es el éxtasis, es decir, una conciencia del fondo tal que uno pierde el sentido de lo ordinario, sino más bien ver el fondo del mismo modo que se ven las cosas ordinarias» (*Los orígenes de la pretensión cristiana*, op. cit., p. 112).

Esto es lo esperamos este verano, que llegue a ser realmente familiar «ver el fondo del mismo modo que se ven las cosas ordinarias».

Escuela de comunidad. Como este año no se pueden hacer vacaciones comunitarias, hemos pensado acompañarnos añadiendo un encuentro de Escuela de comunidad en el mes de julio para ayudarnos en el camino de este verano.

La próxima Escuela de comunidad será por tanto el miércoles 15 de julio a las 21h por videoconexión como esta noche. Será sobre el capítulo segundo que estoy terminando (la *Introducción* que hemos trabajado estas semanas corresponderá al primer capítulo del libro) partiendo de los contenidos con los que había empezado a trabajar de cara a los Ejercicios de la Fraternidad que tuvimos que suspender debido al confinamiento. Este capítulo estará disponible en la web de CL a partir del lunes 22 de junio.

El libro, que llevará por título ***Un brillo en los ojos. ¿Qué nos arranca de la nada?***, será publicado por la editorial Nuovo Mondo e irá adjunto a la revista *Huellas* de julio/agosto. A primeros de julio también estará disponible para su compra tanto en formato papel (4 euros) como en e-book (1,99 euros). Hemos elegido la forma de un libro por la evidencia con la que hemos visto que lo que vivimos y decimos es interesante y útil también para los demás (no solo para nosotros, como estamos viendo con *El despertar de lo humano*). Con el libro será por tanto más fácil darlo a conocer a todos.

Vacaciones de verano. Como decíamos la última vez, la circunstancia actual no nos permite proponer el gesto de las vacaciones comunitarias, así como para otros encuentros habrá que tener en cuenta las indicaciones de las autoridades sobre no generar aglomeraciones.

Esperamos que el verano pueda ser igualmente para cada uno de nosotros una ocasión para custodiar la experiencia que hemos vivido estos meses de cuarentena, durante los cuales nos hemos propuesto «vivir intensamente lo real», propuesta que vale también para los próximos meses, en los que probablemente tengamos más tiempo libre. Don Giussani hablaba a los jóvenes (pero su reclamo vale para todos, grandes y pequeños) de las vacaciones como el tiempo de la libertad: «El tiempo de vacaciones es el más noble del año, porque uno se compromete como quiere con el valor que reconoce más relevante en su vida; o bien, no se compromete con nada, pero entonces es un necio. [...] Esto implica que las vacaciones son algo muy importante». Y daba dos indicaciones muy valiosas para vivir este tiempo: «Supone, en primer lugar, valorar la elección de la compañía y del lugar, pero sobre todo un cierto modo de vivir. Si las vacaciones no te hacen recordar lo que más querrías recordar; si no te hacen más bueno hacia los otros porque te vuelven más instintivo; si no te enseñan a mirar la naturaleza en su profundidad, si no te hacen vivir un sacrificio con alegría, el tiempo de descanso no alcanza su objetivo. Las vacaciones deben ser lo más libres posible» (L. Giussani, «Vacaciones, el tiempo de la libertad», *Huellas-Litterae communionis*, julio-agosto 1997). Si aceptamos esta propuesta, estoy seguro de que supondrá una ganancia en humanidad para cada uno de nosotros y para quienes encontremos.

Proponemos dos libros para el verano.

El primero es *Un avvenimento nella vita dell'uomo*, de Luigi Giussani (cuarto volumen de la serie Bur Rizzoli, que recoge los Ejercicios de la Fraternidad de 1991 a 1993). En este libro, don Giussani nos ayuda a comprender la pertinencia del cristianismo para la vida en una época dominada por el nihilismo como la nuestra. Don Giussani captó proféticamente muchos rasgos específicos y en este contexto nos muestra el acontecimiento de Cristo que se propone como novedad, que alcanza a los hombres de nuestra época mediante un encuentro humano que ilumina y cambia radicalmente la vida, transformándola en una experiencia de positividad irreductible y, en última instancia, de alegría.

El segundo libro es una novela, *La túnica sagrada*, del escritor norteamericano Lloyd C. Douglas. Esta novela narra la historia del tribuno romano que tiene que ejecutar la condena a muerte de Jesús tras ganar su túnica a los dados. Este hecho será para él una provocación. Empezará un largo viaje en busca de los lugares y amigos que frecuentaba Jesús. Su historia se mezcla con la historia de los primeros cristianos, con los que comenzará una amistad. La fe en Jesús, una hipótesis que antes siempre había rechazado, se hace razonable conviviendo con sus amigos, en un itinerario humano donde todos los relatos que oye y todo lo que ve se somete al examen de su razón, razón que florece en la relación con estas personas. Este texto nos recuerda cómo describe don Giussani nuestra experiencia en el libro *El hombre y su destino*: «La comunidad de la Iglesia [...] es la vestidura de esa Presencia, como lo era la vestidura de Jesús para los niños pequeños que le rodeaban. [...] De igual modo se vuelve sensible Jesús para nosotros, se hace perceptible en la comunidad eclesial como si esta fuera la vestidura por medio de la cual nuestra pequeñez entra en contacto con Su presencia real» (L. Giussani, *El hombre y su destino*, Encuentro, Madrid 2003, pp. 37-38).

La novela está disponible en papel al precio de 14 euros.

La Jornada de apertura de curso se celebrará el sábado 26 de septiembre por la tarde, por videoconexión para todos. Todavía no será posible, como en años anteriores, hacer un gran gesto de asamblea en uno o más puntos de cada región. Si las normas lo permiten, podréis seguirla juntos, pero solo en grupos pequeños. A principios de septiembre os comunicaremos las modalidades operativas para la conexión.

El Meeting de Rímini se celebrará del 18 al 23 de agosto con actos que se retransmitirán por los canales digitales. Todos pueden contribuir a la construcción y realización del Meeting de una manera nueva, colaborando en los diversos departamentos o en la comunicación por redes sociales. Para esta colaboración os podéis inscribir en la web del Meeting antes del 30 de junio.

Veni Sancte Spiritus

Buenas noches a todos.